

Una vida en la UNAM

Ruy Pérez Tamayo

En este texto, leído en la ceremonia solemne de entrega de la Medalla al Mérito Universitario General Lázaro Cárdenas del Río a la Universidad Nacional Autónoma de México, celebrada en el Teatro Universitario Coronel Pedro Torres Ortiz, en la Universidad de Colima, el jueves 9 de febrero de 2012, el doctor Ruy Pérez Tamayo, al tiempo que rememora su paso por la UNAM, nos recuerda algunas de las grandes aportaciones de nuestra Casa de Estudios a la vida cultural y académica del país.

Es para mí un honor, tan distinguido como inesperado, la invitación a participar en esta ceremonia en que la Universidad de Colima le otorga su máximo reconocimiento, la Medalla al Mérito Universitario General Lázaro Cárdenas del Río 2011, a la Universidad Nacional Autónoma de México, o sea, a mi UNAM. Quizá la convocatoria se debió a que mi relación con la UNAM es ya muy antigua, o como dicen algunos de mis jóvenes alumnos, ya es “casi legendaria”... En efecto, cuando yo nací, en 1924, la UNAM era una jovencita de catorce años de edad que había pasado toda su corta vida sometida a los vaivenes y peligros propios de la Revolución armada, que disminuyeron pero no cesaron en 1929, cuando a los diecinueve años de edad la UNAM alcanzó la primera fase de su mayoría de edad, o sea de su autonomía. Yo tuve el privilegio de empezar a conocerla poco tiempo después, cuando inició su Orquesta Sinfónica, a mediados de los años treinta, porque mi padre era violinista y tocaba en los conciertos que entonces y por muchos años siguió dando esa orquesta (precursora de la actual OFUNAM) en el Anfiteatro Bolívar, en el hoy Centro His-

tórico de la Ciudad de México. A mi padre le daban boletos gratis y mi madre nos llevaba a los conciertos a mi hermano mayor y a mí, desde que teníamos diez y ocho años de edad, respectivamente. Un poco más tarde, conocí mejor a la UNAM cuando ella apenas tenía treinta años de edad y yo dieciséis, en 1940, cuando ingresé a cursar el tercer año de la secundaria en la Escuela de Iniciación Universitaria. Después estudié la prepa en San Ildefonso, que en esos años (1941-1942) era la única Escuela Preparatoria de la UNAM, y en 1943 me inscribí en la Escuela de Medicina, también de la UNAM.

Empecé a ser profesor ayudante en la UNAM, en 1948, en el curso de Anatomía Patológica, que se daba en el tercer año de la carrera de Medicina, cuando yo todavía estaba cursando el quinto año (mis alumnos me llamaban “el niño catedrático”, un personaje popular del radio, porque en esos tiempos todavía no había TV). Desde esos lejanos entonces he sido universitario y lo sigo siendo hoy todavía, o sea a lo largo de setenta y dos años, y voy a seguirlo siendo hasta el final, o sea, dentro de unos ciento cincuenta años más.

La UNAM siempre ha sido una gran dama, noble y generosa. Se hizo nacional cuando en 1945 se aprobó la Ley Caso, que le concedió su autonomía completa, cuando ella apenas tenía treinta y cinco años de edad, y después recibió con serenidad y elegancia su nueva casa, la Ciudad Universitaria, siete años más tarde (en 1952), cuando apenas tenía cuarenta y dos años de edad. Pasó el tiempo, y en el año 2010 la UNAM cumplió sus primeros cien años de existencia, en un estado admirable de juventud y de fortaleza, plenamente consciente de la trascendencia de sus responsabilidades y de sus funciones para la vida de México.

Ese año de 2010 fue de grandes celebraciones en nuestro país: el bicentenario de nuestra Independencia política y el centenario de nuestra Revolución social. Reconozco que en el mundo globalizado del siglo XXI, la independencia política ha perdido el sentido colonial que tuvo hasta el siglo XIX, pero que el dominio de unos países sobre otros se sigue ejerciendo, ya no con ejércitos sino con conocimiento, y en ese sentido ahora somos todavía menos independientes que a principios del siglo XIX. Por otra parte, el objetivo principal de la Revolución social de 1910, que era cambiar la estructura feudal del país, por otra más justa para todas las clases sociales, realmente no se alcanzó, porque en nuestra sociedad todavía prevalece una muy dolorosa y profunda injusticia social.

Pero en el 2010 los universitarios también celebramos el primer centenario de la UNAM. Lo hicimos con menos discursos, con menos festejos públicos, con me-

nos ruido y con menos publicaciones, y desde luego con mucho menos presupuesto. Pero lo hicimos trabajando como siempre, convencidos de la importancia de nuestra institución para el país, con dedicación y con mucho “amor a la camiseta”. Reconocemos que nuestra UNAM no es perfecta, pero también tenemos conciencia de que posee los mecanismos necesarios para identificar sus problemas con honestidad e intentar resolverlos. Ya lo ha hecho más de una vez en el pasado, con buenos resultados, lo que está a la vista en su historia.

Desde que existe, la UNAM se ha preocupado por cumplir con las tres funciones que la caracterizan, que son; 1) la enseñanza de actividades y profesiones de todos tipos, no sólo las que generan bienes materiales o de consumo, o servicios varios a la sociedad, sino también otras como Filosofía, Astronomía, Historia, Filología, Estética o Antropología, que tienen que ver no sólo con el conocimiento general sino también con la sabiduría; 2) la generación de nuevos conocimientos en todos los campos del saber por medio de la investigación; y 3) la difusión más amplia y generalizada de la cultura, que muy bien podría caracterizarse como la suma de las dos anteriores más todo lo demás, o sea todas las artes y profesiones teóricas, prácticas y aplicativas, como la Filosofía, la Astronomía, la Pintura, la Danza, el Teatro, la Medicina, las Leyes, la Química, la Arquitectura, la Odontología, el Trabajo Social, la Contaduría, la Administración, las varias ingenierías, las Ciencias Políticas, etcétera. El objetivo central de la UNAM ha sido mejorar la calidad de la vida de todos los seres humanos, y no solamente



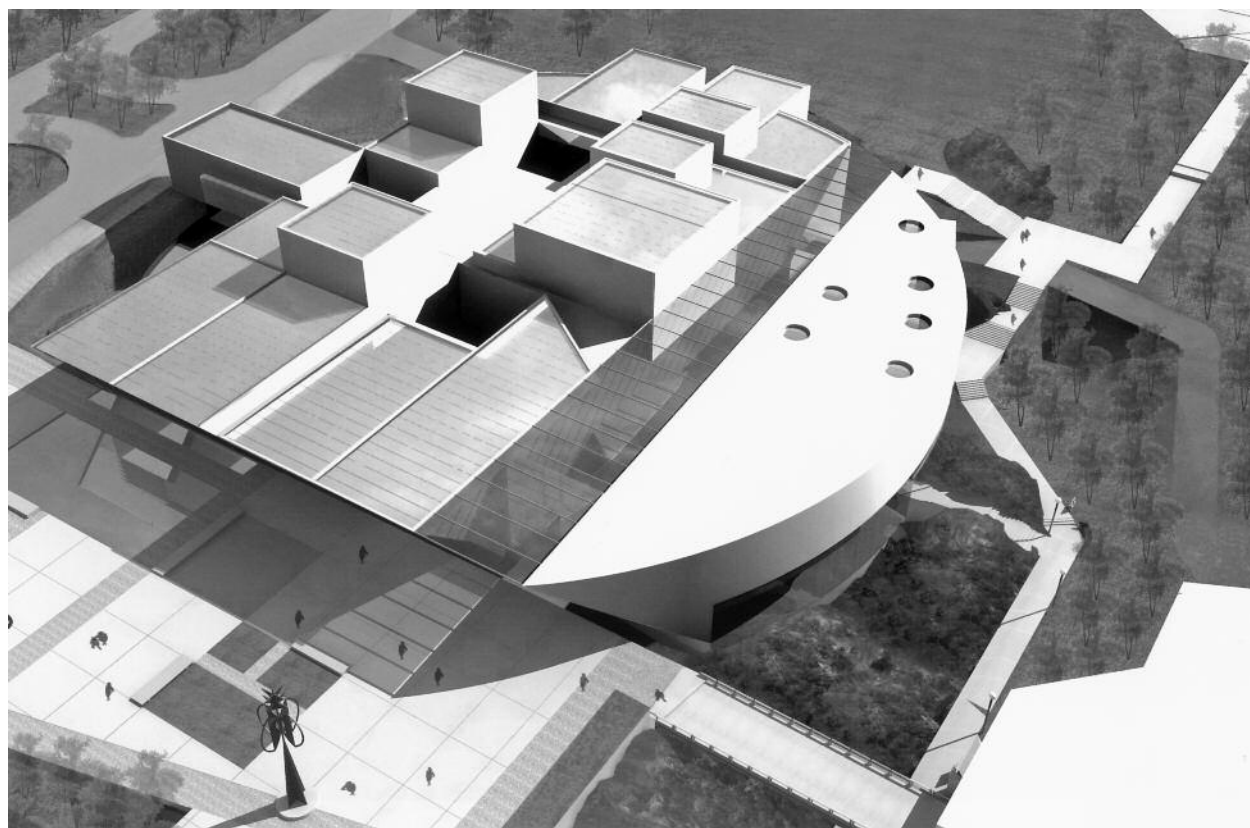
Auditorio Gustavo Baz Prada sede del Consejo Universitario

contribuir al desarrollo económico de la sociedad actual, a la autosuficiencia tecnológica, a la solución de los “grandes problemas nacionales”, o a la mejor manera de enfrentar la deuda externa. Sin desatender las necesidades inmediatas de su entorno social y de su tiempo, la UNAM no se ha limitado a ellas sino que ha permanecido fiel a sus orígenes y a sus funciones primarias y esenciales, que incluyen pero trascienden no sólo a los sexenios políticos sino también a las distintas corrientes ideológicas de la época. Finalmente, la UNAM ha funcionado como la conciencia crítica de su tiempo y de todos los tiempos, como almacén dinámico y planta activamente productora de conocimientos científicos y humanísticos en todas sus latitudes y expresiones, y como matriz fértil y generosa de su difusión más amplia y efectiva.

Todavía quiero destacar otro aspecto más de la UNAM, para completar este resumen de su semblanza. Y es su papel como el modelo de la educación superior pública que México requiere y necesita. La demanda de educación en todos los niveles ha crecido enormemente en el último medio siglo, y la de educación superior lo ha hecho de manera casi neoplásica. Las siguientes cifras se refieren a la UNAM pero pueden extrapolarse al resto de México: en 1929 la UNAM tenía 8,154 alumnos y el país tenía 10 millones de habitantes; en 1945 la UNAM ya contaba con 23,000 alumnos (+285 por ciento) y la población del país era de 25 millones; en 1955, cuando la UNAM se cambió del Centro Histórico a sus flamantes instalaciones de la Ciudad Universitaria, tenía 37,094 alumnos (+454 por ciento) y México tenía 50 millones de habitantes; en 1990 la UNAM tenía poco más de

300,000 alumnos (+5,000 por ciento) y México tenía 85 millones de habitantes; en este año de 2012 la UNAM tiene más de 370,000 alumnos (+8,000 por ciento) y México ya tiene más de 100 millones de habitantes. En comparación, mientras la población del país ha aumentado 10 veces (de 10 a 100 millones), la UNAM ha multiplicado su tamaño 70 veces (de 8,154 a 370,000 alumnos).

Este aumento progresivo de la población estudiantil puede adscribirse a tres factores: 1) los principios democráticos de nuestra Revolución, que garantizan la posibilidad y la validez de la más amplia movilidad social; 2) el crecimiento demográfico, que multiplica geométricamente el número de aspirantes a una vida mejor; y 3) el surgimiento y aumento progresivo de la clase media del país. ¿Cómo se enfrentó (y se sigue enfrentando) la UNAM a este problema? Brevemente les contaré cómo me enfrenté yo, como profesor en la Facultad de Medicina, a principios de los años setenta, en que la matrícula del primer ingreso subió en un par de años de 800 alumnos a cerca de 7,000. Entonces muchos profesores tuvimos que reducir los programas anuales de nuestras respectivas materias a programas semestrales, y además debimos ampliar el número de alumnos por grupo y dar el mismo curso simultáneamente a más de un grupo. En esos tiempos yo daba la misma clase (diaria) tres veces al día (a las 8:00 a.m., a las 12:00 p.m. y a las 16:00 p.m.) a tres grupos diferentes de cerca de cien alumnos cada uno. Los exámenes parciales de la materia (que entonces empezaron a ser departamentales) los hacíamos en dos etapas en el Auditorio Raoul Fournier,



Maqueta del Museo Universitario Arte Contemporáneo, Centro Cultural Universitario

de la Facultad de Medicina en CU, que tiene una capacidad de más de 1,500 personas. Algunos colegas profesores de ciencias básicas en mi Facultad de Medicina no aguantaron la enorme nueva carga docente, que interfería gravemente con su investigación, y solicitaron su cambio de adscripción dentro de la UNAM, a institutos como Investigaciones Biomédicas (que ya existía) o Fisiología Celular (que se creó entonces), o los nuevos centros UNAM, en Juriquilla, Querétaro, en Morelia, Michoacán, y en Ensenada, Baja California. De esta manera, la UNAM empezó a darle un sentido más real y menos decorativo a su carácter de *nacional*.

El problema que estoy señalando es que el Estado mexicano ha optado, en forma abierta o disfrazada, por conservar el mismo esquema de educación superior pública que funcionó brevemente en 1929 y que puede caracterizarse como sigue: para enfrentar la demanda creciente de educación media y superior deben incrementarse los espacios físicos, el personal académico y las facilidades materiales para que se siga impartiendo en las mismas instituciones, pero *sin cambiar nada*. Esta política se basa en dos errores graves, que pasan inadvertidos mientras se manejan números pequeños de estudiantes, pero que al aumentar éstos se hacen obvios: el primero es considerar a la educación media como parte de la superior, cuando en realidad son dos niveles con objetivos, problemas y técnicas no sólo diferentes sino cada vez más difíciles de manejar como si fueran uno solo; el segundo es creer que a través del tiempo lo único que va a cambiar es la magnitud de la demanda educativa, mientras que todo lo demás permanecerá igual, cuando lo que realmente ocurre es que simultáneamente con el tamaño aumenta la complejidad y se modifica la naturaleza misma de los problemas.

A lo largo de su historia centenaria, la UNAM ha crecido no sólo en sus dimensiones sino también en su estructura filosófica y en su significado para México. Lo que en 1910 empezó como un intento de copiar estructuras universitarias europeas, hoy se ha convertido en el núcleo central y en el modelo de la educación superior pública en nuestro país. Esta metamorfosis no ha sido ni rápida ni fácil, sino todo lo contrario: ha sido lenta (le ha tomado cien años), y difícil (huelgas, protestas estudiantiles, grupos como el CCH, el secuestro de sus edificios, la ocupación por el ejército, la matanza del 2 de octubre, el cierre de sus instalaciones por diez meses, los recortes presupuestales, etcétera). Pero a pesar de todo eso, hoy la UNAM todavía está aquí, más grande y más viva que nunca, predicando con su juventud centenaria y con su excelencia académica y docente su mismo mensaje, optimista y de iluminada visión del futuro, que el camino para un México mejor es el del conocimiento y de la cultura, el del estudio y la investigación, el del desarrollo progresivo de lo mejor del ser huma-



Biblioteca del Instituto de Matemáticas, Ciudad Universitaria



Radio UNAM, Adolfo Prieto 133

no, de sus intereses artísticos, de sus aspiraciones filosóficas, de sus deseos de superación, como individuo y como sociedad.

En los orígenes de la cultura occidental, el mundo griego clásico estuvo dominado por la mitología; con la caída del imperio romano en el siglo IX se inició la Edad Media, en la que prevaleció la Iglesia católica, apostólica y romana; siete siglos más tarde, a principios del Renacimiento, en el siglo XVI, surgió la Reforma religiosa, y poco después se inició la secularización de los Estados y del conocimiento, con la instauración de la Revolución científica. A partir de entonces, la transformación del mundo medieval en el mundo moderno ha sido presidida por la ciencia, por el desarrollo científico y tecnológico, que prevalece y caracteriza a los países más avanzados del orbe, aquellos que permiten y promueven un mejor nivel de vida para todos sus ciudadanos. Las primeras universidades fueron un invento medieval (si-



Torre de Ingeniería, Ciudad Universitaria

glos XI y XII), dirigido a la preservación y difusión de los dogmas religiosos, pero con el tiempo fueron incorporando cada vez más segmentos seculares en su contenido, hasta que en la época de la Revolución francesa (la Ilustración), muchas universidades europeas terminaron por abandonar por completo sus compromisos religiosos y dedicarse a la generación, enseñanza y difusión del conocimiento científico y filosófico laico, apartándose de la tradición, de la autoridad y de la fe como criterios de verdad, y basándose en la razón y en la experiencia objetiva de la realidad para construir un mundo nuevo.

Pero no España, que en esos tiempos se declaró enemiga de la Reforma religiosa y se convirtió en el centro de la Contrarreforma, alejándose de las ideas reformistas de la Ilustración y fundando el Tribunal de la Santa Inquisición, para afirmar su compromiso con la Iglesia Católica, Apostólica y Romana y su rechazo de la tendencia a la apertura de sus instituciones a un conocimiento menos dogmático y más relacionado con el mundo real. Fue con esa postura como los conquistadores españoles llegaron a tierras americanas en el siglo XVI, y fue la que impusieron en los nuevos súbditos de la corona de Carlos V. El tribunal de la Santa Inquisición funcionó en México hasta 1817, en sus últimos años en el edificio que hoy se conoce como Palacio de la Medicina, que alberga dos museos, una amplia biblioteca y las oficinas del Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, pero que a fines del siglo XIX fue adquirido por

los profesores del entonces Establecimiento de Ciencias Médicas, para darle una residencia oficial a la enseñanza de la medicina.

Ya voy a terminar. Acepto que esta *breve semblanza de la UNAM* ha sido superficial e incompleta, sobrada en adjetivos admirativos y escasa en hechos históricos y en comentarios pertinentes, además de sobrecargada de recuerdos personales. Pero en mi descargo quiero alegar que así es como yo veo a la UNAM. El año pasado publiqué un librito con una colección de ensayos sobre temas universitarios, con el título *Acerca de la Universidad*, y con la dedicatoria *A la UNAM, en sus primeros 100 años*. El último párrafo del prólogo de ese volumen se lee como sigue:

Esta colección de textos es mi homenaje personal a la UNAM en su primer centenario, por lo que algunas páginas (pocas) son inevitablemente autobiográficas. Los he reunido para expresarle a mi *Alma Mater* mi inmensa gratitud por la generosidad con que enriqueció mi vida y por la sabiduría con la que le concedió sentido.

Muchas gracias. **U**

Texto leído en la ceremonia solemne de entrega de la Medalla al Mérito Universitario Gral. Lázaro Cárdenas del Río a la Universidad Nacional Autónoma de México, celebrada en el Teatro Universitario Coronel Pedro Torres Ortiz, en la Universidad de Colima, el jueves 9 de febrero de 2012.